

CAPITULO TERCERO.

Desde la filosofía de Condillac hasta la revolucion de 1789.—Condillac.—Bonnet.—Delisle.—Beccaria.—Morellet.—Mably.—Condorcet.—Priestey.—D' Alembert.—Diderot.—Francklin.—Holbach.—Lametrie.—Argens.—Raynal.—Marechal.

A mediados del siglo XVIII reinaban en Francia la filosofía de Locke, como vimos en el capítulo anterior; pero la filosofía de Locke, si bien era eminentemente empírica, tenia en su mismo principio metafísico una traba, que impedia marchar á velas desplegadas al materialismo, al fatalismo, al escepticismo. En efecto, Locke, si bien no reconoció otro origen de ideas primitivas que la sensacion, admite la reflexion como un principio que reobra sobre el mundo exterior. Pues bien; esta reflexion, este principio activo era una traba que impedia lanzarse á tan funestas consecuencias; y Estéban Bonnot, conocido por el abate de Condillac, tomó de su cuenta esta tarea, y para ello no hizo mas que suprimir la reflexion, y proclamar como principio único de todos nuestros cocimientos la sensacion. Ya se habian advertido aspiraciones en algunos filósofos en el mismo sentido; pero el sensualismo no tomó el carácter de verdadero sistema hasta que Condillac publicó su tratado de las sensaciones á mediados del siglo XVIII, desde

cuya época, modificado gravemente el principio de Locke, casi desapareció por entero la influencia de este filósofo; y la sensación trasformada de Condillac, reemplazando al empirismo de Locke, se apoderó de todo el campo de la filosofía.

Sin embargo, en aquella época escribió Cárlos Bonnet, natural de Génova, y adoptó la filosofía de Locke y rechazó la de Condillac; es decir, reconoció la sensación y la reflexión como origen de ideas, y no la sensación sola, como quería Condillac; y consecuencia de esto reconoció la distinción del cuerpo y del alma, combatió el materialismo y el ateísmo. Pero en sus explicaciones no puede concebir el alma sin la existencia de un organismo, ni halló otro medio de explicar los fenómenos psicológicos que el de las fibras, y en este punto se separa de Locke, que jamás se valió de la fisiología para dar razón de los fenómenos del alma, si bien están conformes en poner en la sensibilidad el origen de todos nuestros conocimientos.

También Juan Bautista Delisle de Sales, de la congregación del Oratorio, publicó entonces una obra titulada *Filosofía de la naturaleza*; y aunque no puro en su ortodoxia, presentó las cuestiones filosóficas de una manera más científica y más racional que lo que se acostumbraba en aquella época. Por lo pronto sienta como un principio que no admite contradicción, que todas nuestras ideas tienen su origen en los sentidos, como Locke lo había demostrado. En seguida reconoce la existencia de Dios como una verdad evidente por sí misma, pero le priva de la cualidad de creador, y solo quiere que sea arquitecto, es decir, que construya el mundo con los elementos que existen de toda eternidad, y este elemento á su juicio es el fuego puro. En psicología reconoce el estudio del alma por la conciencia, separándose de la escuela sensualista; pero tampoco permite que se salga de esta experiencia psicológica en el estudio de la inteligencia, de la voluntad y de la sensibilidad; y por lo tanto no permite cuestiones que afecten á la naturaleza del alma, porque á su juicio no son más que hipótesis.

Sin embargo, Sales admite la espiritualidad é inmortalidad del alma, como obra, no de la convicción, sino del sentimiento. Para este filósofo el amor propio es el origen de la moral, y sin embargo supone al hombre sociable naturalmente. Aficionado á libros, llegó á reunir 36,000 volúmenes, y habiendo puesto en el centro de su librería su busto en mármol blanco con el siguiente verso:

Dieu, l'homme, la nature, il a tout expliqué,

una mano anónima puso por bajo:

Mais personne avant lui ne l' avait remarqué.

Si estos dos filósofos fueron condillaristas con modificaciones, todos los libres pensadores de la época se pronunciaron como puros y decididos discípulos de Condillac; pero no limitándose al principio metafísico del sistema, como este, sino desenvolviéndole hasta las últimas consecuencias. Claudio Adriano Helvecio aplicó el principio sensualista á la moral en una obra que tituló *Tratado del espíritu*; y siendo lógico en la exposicion de su doctrina, dedujo como una consecuencia rigurosa la moral del placer, la moral epicúrea, dejando entregado el hombre á sus pasiones, sin otro freno que su egoismo.

Beccaria aplicó el mismo principio á la legislación penal, en su obra titulada *De los delitos y de las penas*; obra perfectamente traducida á nuestra lengua por el señor Rivera, y no se puede leer sin entusiasmo, al ver consignados en ella los sentimientos mas puros y mas grandes en defensa de la humanidad, y con un estilo tan vivo, apasionado y penetrante, que su influencia ha sido indeclinable en la formación de todos los códigos criminales de Europa. Pues á pesar de su doctrina tan irrecusable y de un mérito tan singular, se ve con harto sentimiento que al sentar Beccaria la

medida de los delitos, se fija solo en los hechos, y prescinde de la intencion; se fija en la naturaleza exterior y prescinde del acto psicológico del alma; se entrega á la materia y ahoga el grito de la inmoralidad, que sale de las profundidades de nuestro ser; debido todo al yugo impuesto por la filosofía condillarista y á la época en que escribió.

El abate Morellet, que fué uno de los filósofos que en la época que estamos recorriendo tomó una parte activa en el sostenimiento de la filosofía empírica, aplicó el principio condillarista á las materias económicas. Publicó varios escritos, pero todos tenían por objeto cuestiones prácticas, como sobre la libertad de discusion en materias administrativas, sobre las ventajas de la vacuna, prohibida entonces por los doctores de la Sorbona; sobre la libertad de comercio, y varias sátiras, ocasionándole una el arresto de dos meses en la Bastilla, lo que era una corona de triunfo para los escritores de aquel tiempo. Aunque condillarista y concurrente á la tertulia del baron de Holbach, tuvo el mérito singular de combatir constantemente el ateismo.

En política fué el campeon Gabriel Bonnot, conocido por el abate Mably, hermano del abate Condillac. Estos dos hermanos parece que de concierto se dividieron el campo enemigo para talarle y destruirle. Mably en la primera obra que publicó se hizo defensor de los gobiernos absolutos; pero esta vocacion le duró muy poco, porque, consagrándose á la lectura de Tucídides, Plutarco, Jenofonte, Platon, Tito-Livio y demás autores griegos y romanos, se entusiasmó en tales términos por la libertad, que no hablaba de otra cosa que de los arranques heróicos de estos pueblos privilegiados; y particularmente lo que mas arrebatava su alma era la república de Esparta, que á su juicio, era el punto de perfeccion á que podia llegar la humanidad, y añadia él mismo, que si hubiera vivido en Esparta hubiera sido alguna cosa. Como consecuencia de estas convicciones, cuando sienta las bases de su política, de su moral y de su juicio sobre la historia, acordándo-

se del potaje negro de Esparta, combate hasta con indignacion el derecho de propiedad, y le supone origen de todos los males que trabajan á las sociedades, y ensalza la comunidad ó la vida en comun como origen de todos los grandes hechos. Para Mably no hay cosa mas horrible que el lujo, ni cosa mas hermosa que la educacion pública, dirigida al arreglo de las primeras necesidades, único objeto de nuestras miras sociales, morales y políticas. Mably clamaba por la reunion de los Estados generales en Francia, y rechazaba todas las medidas parciales, diciendo que las reformas de detalle solo servian para sostener un viejo edificio, que era preciso destruir por el pié. Mably fué un visionario y un precursor del socialismo de nuestros dias; pero fué influyente en el movimiento revolucionario trabajando en el campo de la política y de la historia, asi como lo fué su hermano, el abate Condillac, en el campo de la filosofía, siendo indudable que ambos se hubieran horrorizado, si hubieran alcanzado á ver el resultado de sus funestas doctrinas.

Tambien en el campo de la política, aunque en un sentido muy distinto, fué influyente Juan Antonio Caritat, marqués de Condorcet, girondino, y uno de los filósofos que mas sobresalieron en la época de que se trata. De un físico delicado, y al parecer de un carácter insípido, ocultaba un alma ardiente; y asi, decia d' Alembert que Condorcet era un volcan cubierto de nieve. Perseguido por la Montaña, se acogió al benévolo corazon de Madama Vernet, parienta de los pintores de este nombre, la que le tuvo oculto en su casa en París ocho meses; mas, como la Convencion declarára reos de muerte á los que ocultáran algun proscrito, Condorcet se dolia del compromiso de aquella señora, y un dia la dijo: Es preciso, señora, que yo abandone vuestra casa, estoy fuera de la ley.—Sí, respondió la señora, estais fuera de la ley, pero no estais fuera de la humanidad, y vos no saldreis de mi casa. Condorcet no se dió por satisfecho, y aprovechando un descuido de su protectora, se salió medio desnudo; y echándose á la ven-

tura, durmiendo en calles desiertas algunas noches, le arrestaron en una taberna, adonde le habia conducido la mas estrecha necesidad; y llevado á un calabozo, apareció muerto al dia siguiente por efecto del veneno que llevaba siempre en una sortija; veneno que tiempo antes le habia proporcionado su íntimo amigo Cabanis. Su obra mas notable como filósofo es la que tituló *Indagacion de un cuadro histórico sobre los progresos del espíritu humano*, que fué escrita en su encierro en casa de Madama Vernet, entregándole á ésta las hojas sueltas cada veinte y cuatro horas, sin releer lo que habia escrito ni haber leído el conjunto de la obra. Su objeto es probar que el hombre es un ser esencialmente perfectible, y que desde su aparicion sobre la tierra no ha cesado de caminar hácia la felicidad y la verdad, sin que se pueda asignar término á su futuro progreso, mientras las leyes del mundo no varien ó no haya un cataclismo universal. Divide la obra en diez épocas. La primera se compone de hordas salvages que viven de la pesca y la caza. En la segunda entra la vida pastoril, donde ya aparece algun signo de cultura. La tercera es la vida agricultora, en la que aparecen las artes, las clases y las profesiones. La cuarta es la civilizacion griega, y en ella Condorcet, despues de alabar el carácter de Sócrates, como partidario de la observacion y enemigo de hipótesis, y de no ver en Platon mas que un visionario, solo se fija en Aristóteles como autor de la máxima sensualista de «nada entra en el entendimiento que no haya pasado por el canal de los sentidos,» y en Epicuro, de cuya moral hace un magnífico elogio. La quinta es la civilizacion romana, que le merece poco aprecio. La sexta y sétima es la civilizacion de la edad media, de la que hace un absoluto desprecio, debiéndose á los árabes el haber hecho conocer la filosofía de la antigüedad, y haber sacado de la ignorancia á todo el Occidente. La invencion de la imprenta y la filosofía de Descartes llena la octava época, haciendo de este filósofo grandes elogios. El siglo XVIII llena la novena época, y Condorcet se deshace en alabanzas por Locke y Condillac, por los

principios políticos de Rousseau y por el principio de perfectibilidad. En el porvenir pone la décima época, y los progresos que están reservados á la humanidad tienen que conducir á estos tres resultados: destruccion de la desigualdad entre los ciudadanos de un mismo pueblo destruccion de la desigualdad entre las naciones, y perfeccionamiento de la naturaleza misma del hombre y de las facultades de que está dotado. Los autores del *Diccionario filosófico*, de donde he tomado estas noticias, concluyen así: «Mas de una idea profunda se encuentra mezclada con estos desvaríos, de los cuales algunos tocan en el ridículo; pero de cualquiera manera que se juzgue la obra de Condorcet, no se puede leer sin enternecimiento este himno en honor de la humanidad y del porvenir, compuesto por decirlo así, bajo el hacha del verdugo, y sin que exhale la víctima el menor resentimiento contra sus perseguidores. Todo respira en él amor á los hombres, paz y esperanza; pero desgraciadamente esta esperanza no sale de este mundo.»

También José Priestley, filósofo inglés, aunque no fué testigo del gran drama representado en Francia en 1789, saludó aquella revolucion con entusiasmo desde Birmingham con escritos apasionados; por cuya razon mereció que la Convencion le nombrára su miembro, y le honrára con el título de ciudadano francés. Sus obras ocupan setenta volúmenes, y no hay rama de los conocimientos humanos de que no hable, además de las polémicas religiosas que sostuvo, como director de una congregacion de disidentes. Prescindiendo de sus trabajos sobre fisica y química que merecieron mucha aceptacion, para caracterizarle como filósofo, baste decir que fué un fiel discípulo de Hartley, haciendo depender todo el hombre de la organizacion, y particularmente del cerebro, sin poder concebir este filósofo cómo el espíritu pueda ser una cosa aparte del cuerpo, y esforzando todos los argumentos que los materialistas toman de la fisiología para combatir la psicología. La única diferencia que hay entre estos dos filósofos es, que Hartley con su sistema materialista procla-

mó el espiritualismo del alma, y Priestley, mas lógico y menos considerado, se pronunció abiertamente materialista.

Pero hemos dicho ya que esta época de que nos ocupamos, desde la filosofía de Condillac hasta la revolucion de 1789, tenia un carácter de agresora que no tenían las anteriores; y este carácter no aparece precisamente por las obras de los filósofos que hemos citado, sino por un hecho de mucha cuenta que vamos á referir, y hecho que, no solo dió posicion á la nueva filosofía en el órden de la ciencia, sino tambien en el órden de la sociedad. Además del desenvolvimiento que los filósofos citados dieron al principio condillarista, se publicaron en aquel período muchas otras obras de otro carácter, pero que auxiliaban al espíritu innovador, como el *Espíritu de las Leyes*, de Montesquieu, una parte de las obras de Buffon, el *Tratado de la igualdad entre los hombres* de Rousseau, y otras; y en medio de este cúmulo de luces que salian de todas partes, con un gobierno débil, que toleraba las invasiones que se hacian á todas las opiniones, costumbres, creencias, leyes é instituciones antiguas, se presenta la *Enciclopedia*, que es el hecho á que nos referiamos. El fin ostensible de esta obra era reducir á un cuerpo de doctrina todos los conocimientos en todos los ramos del saber humano; y un pensamiento tan loable no pudo menos de ser acogido por todos los hombres entendidos. En este concepto se asociaron para la ejecucion los hombres mas notables de la Francia, y de opiniones las mas diversas, como Du-Marsais, Daubenton, Buffon, Rousseau, Jaucourt, La-Condamine, Marmontel, Dufresnoy, Duclos, Boullanger, Montesquieu, Morellet, Turgot y otros muchos. Pero esta empresa encerraba además un pensamiento oculto, que era levantar una bandera contra todas las creencias antiguas. En este pensamiento solo entraron los dos filósofos encargados de su redaccion, que fueron Juan le Rond d'Alembert y Pantófilo Diderot, hijo natural el primero, é hijo de un cuchillero el segundo. Diderot se encargó del prospecto y d'Alembert del discurso preli-

minar. El primer tomo fué dedicado al ministro de la Guerra M. Argenson, siendo tan grande la acogida que tuvo la obra, que al publicarse el sétimo tomo se contaban ya cuatro mil suscritores. Estos dos directores sabian que en aquel tiempo, si bien convenia ser agresivos, tampoco convenia descubrir demasiado el cuerpo; pero los muchos adversarios que se presentaron sobradamente conocieron las tendencias de la obra, y los frutos que debian esperarse de su publicacion, cuando por todas sus coyunturas dejaba ver los rastros de la nueva filosofía, y el espíritu de innovacion y de trastorno que llevaba consigo. El gobierno retiró las licencias de impresion de la *Enciclopedia* á los nueve años de su aparicion, y prohibió la publicacion de la obra. Sin embargo, Diderot, abandonado por d'Alembert, no desistió de la empresa, y despues de imprimir algunos otros tomos, que circulaban furtivamente, hizo su retirada en el año de 1770, por quejas que tuvo con el impresor Breton, de haber mutilado algunos originales. No sin razon los enemigos de la *Enciclopedia* se quejaban de los males que debia producir á las creencias recibidas; pues, si bien eran muchos los colaboradores con doctrinas distintas, pasando todas las producciones por las manos de d'Alambert y Diderot, daban al conjunto de la obra el matiz que se habian propuesto. En el discurso preliminar d'Alembert recorrió todas las ciencias, buscando los orígenes de nuestras ideas conforme á los principios sensualistas, y concluye con la division de las ciencias, siguiendo en este punto á Bacon, aunque con algunas variaciones. Mas explícito fué Diderot, y mas enérgico en la ejecucion del plan propuesto, llegando sus artículos al prodigioso número de novecientos noventa, y tratando en ellos los objetos mas diversos de historia, de ciencias, de política, de artes, de gramática, de todo; por cuya razon decia Voltaire que Diderot era un horno donde nada cocia. Este filósofo no desconocia las doctrinas de Malebranche, Leibnitz y Wolf; pero su predileccion marcada fué por Hobbes, Locke, Shaftesburi, desenvolviendo

cuantas cuestiones se le presentaban en el sentido de estos filósofos. No reconoce otro fin en el hombre que su bienestar material, acude á las leyes civiles para fijar las ideas de lo justo é injusto; y aunque alguna vez se marcha de su pluma la expresion de ley natural, jamás la explica, y cuando va en busca del origen del bien moral, no encuentra otro que la voluntad general. En fin, estos dos filósofos contribuyeron poderosamente á que el empirismo moderno tomára posicion y se manifestára altamente hostil á las antiguas creencias.

Para que se conozca el grado de intension en que los enciclopedistas pusieron los ánimos, y que ya las cuestiones habian pasado del campo de las ideas al terreno de los hechos y á la vida práctica de la sociedad, basta saber lo ocurrido en esta misma época en París con Benjamin Francklin. Con motivo de la guerra que los Estados-Unidos de América sostenian contra Inglaterra, su metrópoli, para hacerse independientes, se presentó en París, en clase de enviado extraordinario por los Estados-Unidos, Benjamin Francklin, el autor del *Almanaque del buen Ricardo*, para implorar el apoyo del gabinete de Versalles en favor de su país; y como sus opiniones eran conocidas como adicto á la nueva filosofía y como decidido protector de las clases laboriosas; como su mision era tan grande, tan noble, cual era solicitar auxilios para la defensa de la independencia y libertad de su patria contra la tiranía de la metrópoli; y como Francklin se presentó en medio de una córte corrompida y llena de fausto con toda la naturalidad y sencillez de un republicano, sin comitiva, sin boato, sin adornos ni mas condecoraciones que el simple traje de un hombre del pueblo, y que en compensacion descubria en sus conversaciones un alma ardiente, una virtud estóica y amor á las instituciones libres de su país que no tenia ejemplo, los franceses, llevados de la predisposicion en que estaban sus ánimos y á la vista de aquel cuadro tan halagüeño y tan encantador, creyeron que en un rincón del Nuevo-Mundo habia resucitado la Grecia, y que aquel

enviado era un Aristides; y de tal manera se enardecieron los ánimos, que una mision, que en otro tiempo hubiera sido un hecho indiferente, entró en mucho para inclinar la balanza en favor de los innovadores y acelerar la revolucion.

Otro efecto necesario de semejante situacion fué que una filosofía que, como veremos al exponer la doctrina, conduce necesariamente al materialismo, precisamente habia de declarar una guerra á muerte contra toda religion espiritualista, y por consiguiente contra el cristianismo; y como el período de que ahora tratamos fué el de su mayor desenvolvimiento, es claro que lo fué tambien en el que se presentó la irreligion y la impiedad en obras impresas sin rebozo ni disfraz alguno. Uno de los principales fué el baron de Holbach, siendo su casa el punto de reunion de los enciclopedistas y de todos los enemigos de las instituciones religiosas, politicas y sociales, y hasta tal punto se exaltaban en sus imprecaciones contra el viejo edificio, que dice el abate Morellet en sus *Memorias*: «Cosas se dicen en aquella reunion que si pudieran producir la caida del rayo, cien veces caeria sobre la casa.» Son varias las obras atribuidas al baron de Holbach; pero la mas notable es el *Sistema de la naturaleza*, obra que, segun el juicio de los autores del *Diccionario filosófico*, «es un manual de ateismo, escrito de una manera torpe, prolija y pedantesca, y acompañado de una especie de fanatismo intolerante, que excitó la indignacion, no solo del clero y del parlamento, sino hasta del mismo partido filosófico», y así con justísima razon Cousin llama asqueroso al materialismo del baron de Holbach.

Quien rompió tambien todos los diques, y atacó de una manera indigna é inconsiderada todos los principios metafisicos, morales, religiosos y politicos, fué Julian Offray de Lamettrie, natural de Saint-Maló, en Francia. Siguió la medicina, y despues de publicar varias obras que le granjearon el odio de sus profesores y de todos los hombres sensatos, lo hizo de un folleto que tituló: *El hombre-máquina*, que fué quemado por mano del verdu-

go en Leide, en Holanda, teniendo que abandonar aquel pais. En esta obra, Lamettrie hace profesion del mas grosero materialismo. Diderot mismo, en sus *Ensayos sobre los reinados de Claudio y de Neron*, dice, hablando de Lamettrie: «Es un hombre sin juicio, cuya frivolidad de entendimiento se deja conocer en cuanto dice, asi como la corrupcion de su corazon en cuanto deja de decir; cuyos groseros sofismas, pero peligrosos por cierta gracia con que los sazona, descubren un escritor que no conoce ni las primeras ideas de los verdaderos fundamentos de la moral; cáos de razon y de extravagancia, que no puede mirarse sin disgusto, y cuya cabeza está tan desquiciada y sus ideas son tan incoherentes, que en una misma página aparece una idea sensata, desvirtuada con una asercion disparatada, y una asercion disparatada con una asercion sensata. Lamettrie, concluye diciendo, disoluto, impudente, bufon adulator, había nacido para la vida de córte y para disfrutar del favor de los grandes.» Lamettrie murió en Berlin, y decia Voltaire, testigo que habia sido de su muerte, que los testamentarios no habian hecho caso del testamento, y que su cuerpo habia sido enterrado en la iglesia católica, en donde él mismo está sorprendido de verse allí.

Apenas merece que nos detengamos á hablar de Juan Bautista Boyer, marqués de Argens, natural de Provenza, y uno de los amigos íntimos de Federico el Grande. Su conducta privada fué igual que su conducta de escritor. Desheredado de su padre y errante por todas partes, entregado á una vida licenciosa solo se hizo sentir como escritor por las *Cartas judías, cartas chinas y cartas cabalísticas*, para verter toda su hiel contra el cristianismo. Otro amigo de Federico, Vicente Toussaint, se hizo notable en el mismo sentido por una obra que publicó, titulada *Las costumbres*, que fué quemada por mano del verdugo, y en la que sostiene que todas nuestras obligaciones no son mas que formas del amor, y cuya obra no merece una seria crítica.

Tambien se publicó en aquella época la *Historia filosófica y po-*

lítica de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias, por el abate Tomás Guillermo Raynal. Despues de haber sido algunos años jesuita este filósofo, y excusador en la parroquia de San Sulpicio, en Paris, abjuró sus creencias y su estado sacerdotal, para entregarse al partido filosófico. No le citamos aquí como autor de ninguna teoria filosófica, sino como un declamador apasionado del materialismo y del ateismo; y si bien su citada obra, por la novedad del pensamiento, tuvo por lo pronto algunos apasionados, su estilo hinchado, la falta de orden en sus ideas, y el frenesí de sus invectivas contra la religion, han producido un desden tan absoluto, que su *Historia filosófica*, yace en un completo y merecido olvido. Raynal, despues de haber sido un apóstol ardiente de las innovaciones, vió con horror la revolucion, y escribió contra ella una carta que dirigió al presidente de la Asamblea Constituyente y se leyó en pública sesion.

Filósofo verdaderamente revolucionario fué Pedro Silvan Marechal, abogado primero en el Parlamento de Paris y despues escritor público; pero escritor tan descerrajado, que se propuso por todos los medios imaginables popularizar el materialismo, queriendo convencer que era posible una moral sin la creencia en Dios y sin la inmortalidad del alma. Pero, no solo por escrito se presentó tan exagerado, sino que habiendo alcanzado toda la época de la revolucion, se pronunció siempre por los partidos extremos, y así se le vió adherido al partido de Chaumette, que el mismo Robespierre y la Montaña proscribieron por que le miraban con horror. Disuelta la Convencion y bajo el Directorio, entró Marechal en la conjuracion de Babeuf, cuyo objeto era fundar en Francia por la violencia y por el terror el reinado del comunismo. Una justicia hay que hacer á este obcecado filósofo, y es que en la época del terror salvó la vida á muchos sin diferencia de clases ni colores. Para que se conozca á qué delirio llevó sus opiniones, dice en un manifiesto que dió sobre la igualdad, que entre los hombres no hay otras diferencias que la de la

edad y el sexo, y que á cada persona le basta una misma porcion y una misma calidad de alimentos. Murió como habia vivido en brazos de su amigo Lalande.

En este tercer período aparece, segun se ve, el principio condillarista de la sensacion trasformada en todas sus consecuencias metafisicas, en Bonnet, Sales y Priestley; con sus consecuencias morales, en Helvecio; con sus consecuencias penales, en Beccaria; con sus consecuencias políticas en Mably; y con sus consecuencias religiosas en Holbach, Lamettrie, Argens, Raynal, Marchal. La revolucion de 1789 rompió bruscamente toda discusion, y el carácter filosófico de esta revolucion será objeto de nuestras observaciones en otra parte.

